

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La identidad política del peronismo cordobés en la transición temprana (1982 -1983).

Reynares, Juan Manuel.

Cita:

Reynares, Juan Manuel (2009). *La identidad política del peronismo cordobés en la transición temprana (1982 -1983)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1024>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La identidad política del peronismo cordobés en la transición temprana (1982 -1983)

Reynares, Juan Manuel

Introducción

Toda identidad política se sitúa en un devenir discursivo en que se resignifican constantemente sus dimensiones principales, en lo que refiere a su pasado, su propia representación y la alteridad de la de que se excluye. En momentos de crisis generalizada, donde se dislocan aquellas posiciones que habían otorgado cierta 'estabilidad' a la formación discursiva que enmarca a un sistema político, las identidades políticas entran en tensiones disruptivas en su interior. Se ven enfrentadas, incluso, a tendencias disolutivas que ponen en peligro su pervivencia.

La derrota de Malvinas, ocurrida en junio de 1982, significó para el Proceso su entrada a la crisis terminal que ya se venía gestando desde la sucesión de fracasos de sus políticas económicas. Tal situación permitió a los principales actores políticos de la Argentina el retorno al 'juego democrático', desde que se da la apertura a la actividad partidaria en julio de 1982. En ese proceso se sucede la reorganización partidaria, en la cual se observa la particular rearticulación identitaria que cada uno de estos actores (en particular el radicalismo y el peronismo) vivencia.

Este trabajo pretende delinear las principales características de la identidad peronista al mismo tiempo que detallar el proceso de reorganización partidaria dado en Córdoba, y la posterior campaña por la gobernación de la provincia durante la transición temprana de los '80, esto es desde la vuelta de la actividad partidaria a mediados de 1982 hasta la elección del 30 de octubre de 1983, en la provincia de Córdoba. A su vez, es menester indicar que lo sucedido en Córdoba tiene directa correlación con las decisiones tomadas por las dirigencias nacionales y por la configuración discursiva de la UCR.

Este análisis no puede quedar exento de un acercamiento a la dinámica política del peronismo durante los '70, y de lo que implicó para este actor el Proceso Militar iniciado en 1976, ya que una de las hipótesis que guían este trabajo es que tales condiciones significaron en el peronismo de la transición temprana una sustitución del significante "Perón", por su objetivación en la Doctrina, al mismo tiempo que se excluyen de la cadena los sectores radicalizados, dando primacía a valores como la lealtad y la ortodoxia, en un movimiento de homogeneización interna que buscaba

fortalecer una identidad frágil. Esta particular forma de sobredeterminación tendrá como consecuencia principal la incapacidad de articular las demandas sociales de estabilidad y democracia para superar una etapa de violencia, siendo en cambio articulado por el discurso alfonsinista como momento constitutivo de ese pasado oscuro.

Algunos fundamentos teóricos

Para los propósitos de esta etapa de la investigación, vamos a hacer hincapié en los procesos de constitución de la identidad peronista, utilizando algunos contenidos de la teoría del discurso. Esta corriente considera que la objetividad radica primariamente en el discurso, entendido éste como “totalidad estructurada que articula elementos tanto lingüísticos como no lingüísticos” (Laclau, 2005: 27), y como un complejo relacional en que los elementos diferenciales articulados adquieren significación *a través de él*¹. La concepción discursiva de lo social, entiende que toda acción posee un significado en un contexto, que si bien externo a ella, le es constitutivo. Tal contexto siempre está limitado y organizado en torno a un discurso, como “serie sistemática de relaciones de naturaleza lingüística o extralingüística que da significado a la vida comunitaria” (Barros, s/d: 1).

Un elemento central de esta argumentación es la consideración de que la sociedad como totalidad suturada, como la estructura económica de la que se deducen los intereses de las distintas clases o sectores sociales, no existe como tal. Lo que es más, su mismo carácter precario e incompleto es el que da lugar a articulaciones discursivas que la llenan, si bien nunca de forma definitiva, de sentido. En esta instancia, adquiere importancia la categoría de *sobredeterminación*, que Laclau retoma de Althusser (Laclau y Mouffe, 2004), quien a su vez la recupera desde el psicoanálisis. La sobredeterminación se constituye en el campo de lo simbólico,

“es un tipo de fusión muy preciso, que supone formas de reenvío simbólico y una pluralidad de sentidos (...) no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado (...) La sociedad y los agentes carecerían de esencia y sus regularidades consistirían tan sólo en las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de cierto orden.”

Los análisis históricos de la literatura sobre el peronismo consideran que el espacio político *representa* los intereses de las clases o grupos sociales, cuya objetividad

¹ Desde el sentido que le da la filosofía de Wittgenstein a la noción de juegos de lenguaje. La alusión a los juegos de lenguaje dentro de la filosofía wittgensteiniana se refiere a que las redes conceptuales dentro de las que adquieren sentido los objetos hacen referencia tanto a los intercambios lingüísticos como a las acciones en que estos se involucran, por lo que se vuelve superflua la distinción entre lo dicho y lo hecho como instancias autónomas.

deviene de su pertenencia a cierta instancia de la estructura social o económica, constituida como una totalidad, en la que cada una de estas clases o sectores se asumen como ‘positividades’. Laclau considera que es precisamente en la constitución de ese “espacio político” que se construye la identidad del grupo, reconfigurando la identidad de cada elemento que se articula, ya que todo proceso de constitución de identidades reconoce un telón de fondo dado por la sedimentación de identidades previas.

Ahora podemos completar lo que veníamos diciendo en el párrafo anterior: ese contexto externo que es constitutivo del significado lo está sobredeterminando. La pluralidad de identidades particulares se contaminan mutuamente, pero en un momento dado, una de ellas se convierte en *espacio de representación de las demás*.

Aquí es posible entonces observar la importancia que asume la categoría de representación². Ésta no implica una instancia transparente, una correa de transmisión lineal desde la voluntad del representado al representante, ya que si esto fuera así, “si el representante y el representado constituyen una única y misma voluntad, el re- de la representación desaparece, ya que la misma voluntad está presente en dos lugares distintos” (Laclau, 2000: 55). Esto implica que la instancia representativa adquiere un carácter performativo, *agrega* algo a aquello que representa.

Si, entonces, la sociedad como tal no puede asumirse como totalidad desde la cual las bases sociales se adjudican intereses objetivos en su seno, sino que más bien “lo social se constituye como orden simbólico”, y no existe instancia última que determine su literalidad, su objetividad viene definida, de forma precaria y contingente, por las articulaciones discursivas en que participa. Las identidades políticas no dependen, entonces, de las bases sociales cuyos intereses deben representar, sino que en el proceso de su articulación, constituyen esa identidad. Dar cuenta de ese proceso es lo que implica el concepto de hegemonía³.

Todo desarrollo de una articulación hegemónica, implica un proceso de homogeneización interna y diferenciación externa, lo que conlleva a la necesidad de un *antagonismo*. Ahora bien, ese antagonismo no puede ser una positividad externa, ya que lo social como orden simbólico (y sobredeterminado), se constituye como complejo relacional de diferencias. Este antagonismo surge entonces de una operación de exclusión. Frente a este antagonismo, todas las diferencias son equivalentes entre sí. Así

² Interesa señalar que aquí la representación no es tomada dentro de la perspectiva del liberalismo político, es decir, de la representación electoral.

³ Es importante aclarar que si bien la totalidad es imposible de ser aprehendida conceptualmente, puede sí ser representada. Esa representación es la articulación hegemónica

toda identidad se constituye, contingente y precariamente, en esa tensión entre lógica de la diferencia y de la equivalencia. Pero para lograr que esa identidad se cristalice, dentro de la cadena de diferencias articuladas debe existir una que *vaciándose tendencialmente* de su significado literal (convirtiéndose en lo que Laclau considera significante vacío), asuma la representación de toda la cadena, volviéndose hegemónica.

Es necesario dejar en claro que todo proceso de hegemonía requiere de una dislocación en la que exista la posibilidad de surgimiento de antagonismos⁴ y de que oscilen las inestables fronteras que determinan las identidades. Además, el proceso de representación que permite la cristalización de la identidad no es *neutro*: el significante vacío actúa al modificar parcialmente las identidades previamente sedimentadas, sobre todo por que constituye la cadena identitaria con un exterior constitutivo que no es el de cada demanda en su literalidad particular.

En función de este desarrollo, es comprensible que no es posible llegar a demarcar una identidad política definida y permanente, ésta se encuentra en todo momento en proceso de desplazamientos. Definimos siguiendo a Aboy Carlés (2001: 54), a la identidad política como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, mediante un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos”. Esas prácticas refieren tanto a elementos discursivos como extradiscursivos que articulan el marco que semantiza una serie de actos por lo que un colectivo se define como tal. Ahora bien, toda identidad política se desarrolla limitada desde dos ámbitos: un campo ya parcialmente objetivado y sedimentado; y la competencia con otros marcos configuradores de sentido. Por cuestiones analíticas, también utilizamos la distinción de Aboy Carlés entre las dimensiones de alteridad, representación y tradición en toda identidad política, haciendo referencia al carácter constitutivo del antagonismo, la caracterización particular de toda articulación equivalencial de diferencias, y el surgimiento de toda articulación identitaria desde una significación particular de una historia que le precede, respectivamente.

La identidad peronista y el Proceso de Reorganización Nacional

⁴ Laclau indica que se refiere a una crisis orgánica, en términos gramscianos. En este punto Aboy Carlés contribuye al considerar que toda crisis no puede tomarse meramente como dato, sino que la dislocación “tiene una historia, un discurso” que al convertirse en descripción hegemónica, construye “la certidumbre de que algo así como una crisis tiene lugar”. (Aboy Carles, 2001: 54).

Como lo señala Laclau (2005), el peronismo de la década de los '70 constituyó un fenómeno en el que el significante vacío que cristalizaba la identidad peronista, Perón, se vació completamente de contenido. La particularidad de encontrarse en el exilio generó una distancia entre la enunciación de sus mensajes, y los contenidos interpretados de diversas maneras por los diferentes elementos articulados en la cadena equivalencial peronista. Es decir, esta ubicación del significante vacío, cuyos mandatos podían ser asumidos de distintos modos según el intérprete considerado válido, permitió que se pudiera considerar 'peronista' un cúmulo cada vez mayor de luchas por demandas insatisfechas.

Al mismo tiempo, los gobiernos antiperonistas, desde 1955 hasta 1973, no ampliaron el espacio de acción para integrar a los distintos sectores peronistas, y de esta forma ir tomando cada una de estas 'demandas diferenciales' articuladas en torno a Perón debilitando así la fortaleza de los eslabones dentro de la cadena equivalencial peronista. La convergencia de estos fenómenos, la mayor capacidad de asumir significados ambiguos por parte de contenidos concretos emitidos por Perón⁵ y la permanencia de demandas insatisfechas por el Régimen y por lo tanto aglutinadas en torno a la figura de Perón y la esperanza de su regreso, permitió que el significante vacío efectivamente perdiera toda literalidad particular, y así aquellos grupos reivindicados peronistas no se reconocieran en la equivalencia identitaria más que en su subordinación al líder. Esta situación generó una extrema fragilidad en la constitución de la identidad peronista, que con el último gobierno de Perón y posteriormente su muerte, el 1º de julio de 1974, implosionó en el marco de cruentos enfrentamientos, como lo fue en nuestra provincia, la participación de uno de los dirigentes peronistas derrotados en la internas justicialistas, Julio Antún, en el derrocamiento del gobernador del PJ, Obregón Cano.

Sebastián Barros (2002) considera que el gobierno militar, mediante los mitos de la "guerra sucia" y el "mercado libre", quiso reformar estructuralmente la sociedad argentina. La represión generó terror, fragmentando los espacios públicos y dislocando las identidades colectivas. Al mismo tiempo, las medidas económicas, en cuya implementación existió una sucesión de fracasos, provocaron una desindustrialización y la "fragmentación de una tradicionalmente homogénea fuerza de trabajo".

Dirigiendo la mirada hacia el interior de la identidad peronista, es posible observar cómo la muerte de Perón, y las circunstancias en que se desarrolló, junto con la

⁵ Que el líder aprovechó desarrollando una estrategia "pendular" que motivaba tanto a derechas como izquierdas dentro del movimiento a luchas por su regreso.

experiencia del último gobierno peronista '73 – '76, motivaron cierta reconfiguración de su discurso en la transición *temprana*. La represión tanto estatal como interna al peronismo, no sólo en el gobierno militar, sino también durante el último gobierno civil, motivó un debilitamiento extremo de aquellos sectores internos considerados radicalizados, lo que se tradujo, ya en el período de la transición temprana, en una monopolización de los espacios de representación institucional por parte de los dirigentes que habían sostenido la ortodoxia peronista en los años '70.

En este marco, también se comprende la paralización de aquellos sectores que pudiesen haber articulado una alternativa a la ortodoxia, en el fenómeno de dislocación de identidades que la política represiva del Proceso generó. Al mismo tiempo, la política económica del gobierno militar, que en su accionar debilitó la industria y con ella a la clase obrera, dislocó y fragmentó las formas de representación de los sectores populares. Estos cambios económicos “provocaron la heterogeneización de los sectores que formaban el polo peronista del antagonismo” (Barros, 2002: 69).

Esta conclusión de Barros ofrece una clave de lectura para el discurso del peronismo cordobés, centrado en la noción de lealtad a Perón, y la reivindicación de la ortodoxia. La heterogeneización de estos sectores generó que los dirigentes sindicales, expresión de la ortodoxia ya en los '70, reafirmaran la identidad peronista en un *intento* de conservar la articulación de una cadena cristalizada en torno a Perón, cuando ésta se había debilitado doblemente: por el proceso de ‘implosión’ al interior del peronismo en el último gobierno de Perón, y por la política del Proceso.

La reorganización partidaria

A partir del análisis del proceso de reorganización interna del PJ en Córdoba⁶, es posible sostener que en el período estudiado existe una multiplicidad de agrupaciones políticas, oscilando entre 20 y 25 núcleos, que aparecen en los últimos meses de 1982 e incluso los primeros de 1983. La mayoría de ellas surge en torno a dirigentes con cierta experiencia de las décadas de los '60 y '70. Dentro de esa aparente heterogeneidad organizativa, algunos núcleos poseen mayor estructura que otros, y sus dirigentes mayor ascendencia entre los afiliados. Durante los meses siguientes, la actividad partidaria fue muy intensa, alrededor de la apertura de unidades básicas en las seccionales de la

⁶ Este análisis fue realizado a partir de la búsqueda de información en los diarios La Voz del Interior (LV) y Córdoba (CBA), desde julio de 1982 hasta octubre de 1983.

Capital y en los departamentos del interior, la afiliación masiva, y el surgimiento de agrupaciones menores.

El proceso de reorganización continuaba en los primeros meses del año 1983, acelerándose en virtud de los cambios políticos desarrollados en Buenos Aires, con el llamado a elecciones generales para octubre de ese año. Revisten importancia los movimientos de alianza entre dos de los actores sindicales de Córdoba, el Bloque Sindical Peronista, con dirigentes como Elpidio Torres, y las 62 Organizaciones bajo el mando de Alejo Simó, con el Núcleo Unidad y Lealtad (Bercovich Rodríguez), que se dieron a fines de enero de 1983 y fines de mayo respectivamente. Ambas agrupaciones obreras estaban enfrentadas entre sí, disputándose la posibilidad de asumir cargos en el Partido o en las candidaturas posteriores. Tales alianzas demuestran la capacidad de la estructura armada por Bercovich Rodríguez, y al mismo tiempo, el peso de la rama sindical señala como favorito a este núcleo⁷.

Otro hecho de importancia en el proceso de reorganización se refiere al intento de acercamiento entre grupos independientes, y personalidades del ‘peronismo histórico’ para constituir una línea opositora al liderazgo de Bercovich. Tal intento fue llevado a cabo por Leonardo Obeid, dirigente cordobés de larga trayectoria, en el llamado a un Congreso en el Club Atenas. A partir de ese encuentro, no exento de tensiones entre diversos grupos internos, se suscitaron reuniones para conformar una Lista Azul y Blanca – Unidad. Pero las negociaciones fracasaron, y en las elecciones internas de julio de 1983 se presentaron dos listas por separado.

En general, el proceso de reorganización fue inestable y lleno de contramarchas en lo que hace a las alianzas entre los grupos dirigenciales. En mayo de 1983, La Voz del Interior registraba 23 grupos internos del peronismo, si bien algunos de ellos ya se encontraban aliados o en vías de negociación con alguna línea más fuerte (LV: 23/05/83).

⁷ La dirigencia sindical a mediados de 1982 ‘expresaba’ a los sectores ortodoxos. Ello no impedía que en Córdoba, la CGT se encontrara dividida: la CGT Rodríguez Peña y la CGT Chacabuco eran referencias locales de las dos centrales obreras nacionales, la CGT Brasil y la CGT Azopardo, respectivamente. Además, existía el Bloque Sindical Peronista, encabezado por Elpidio Torres, que no respondía orgánicamente a ninguna de las confederaciones nacionales. Al mismo tiempo, existían dos “62 Organizaciones” que nacieron ya en la Resistencia, como el brazo político de la CGT, y respondían a cada una de las centrales obreras divididas. La más importante era la “62 Organizaciones Gremiales Peronistas”, que respondían a la CGT Rodríguez Peña y, por lo tanto a la CGT Brasil. Al frente de “las 62”, se encontraba Alejo Simó, un dirigente sindical de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica) conocido ya en la década de los ’70, que había desarrollado una activa oposición contra Obregón Cano.

El día antes de las elecciones internas en el PJ, el 08/07, se presentan las cinco listas en lista (LV: 08/07/83): Lista 1: Unidad y Lealtad (Bercovich Rodríguez); Lista 2: la Corriente Renovadora Justicialista (De La Sota); Lista 3: Azul y Blanca (Antún); Lista 4: Celeste (Carlos Palacio Deheza); Lista 5: Rosa (Obeid y Cottonaro)

La amplitud de la victoria de la Lista 1⁸, que era dirigida por Bercovich Rodríguez, en el marco de la presencia de 5 candidaturas con escasas diferencias significativas en sus propuestas, indica que gravitaron en el resultado la fortaleza de su aparato partidario y su presencia en todos los distritos departamentales, como así también la persona de Bercovich Rodríguez, y su reputación como un dirigente de vieja data, experimentado, ortodoxo y muy leal a la doctrina peronista, en su vertiente más tradicional de la Tercera Posición.

La identidad disputada en las internas

Al observar las posiciones asumidas por cada uno de los dirigentes enfrentados en la interna que configuró la reorganización partidaria, es posible plantear que no hubo diferencias significativas entre ellas. En todos los casos, el análisis de la situación política del país y de la provincia significaba la destrucción del aparato productivo, producto de políticas económicas de minorías oligárquicas, o antinacionales, dándole al gobierno militar un sentido antipopular, cooptado por las ‘minorías vernáculas’ que habían dañado la institucionalidad de los gobiernos populares desde 1930. La problemática de la represión ilegal ocupaba espacios marginales en las manifestaciones peronistas. El núcleo Unidad y Lealtad de Bercovich realizaba un análisis del período militar previo donde enfatizaba sobre la destrucción del aparato productivo, además del brusco aumento de la deuda externa. (CBA: 25/04/83).

En otra manifestación, Antún analizaba la situación actual como “un desastre mayor (...) esa destrucción la sido planeada científicamente y ejecutada descaradamente por las minorías antinacionales y enemigas del pueblo para reducir a la Nación a su última expresión”(CBA: 26/09/82).

Tal análisis del pasado reciente, en que podemos ver la dimensión de la tradición existente en toda identidad política, traía aparejada de forma lógica la necesidad y carácter indispensable del justicialismo de encarnar la unidad nacional para solucionar

⁸ Los resultados de las elecciones internas fueron ampliamente favorables a la Lista 1 – Unidad y Lealtad, que obtuvo el 51, 48% de los votos, con un total de 78.884 sufragios (CBA: 19/07/83)

la crisis, por ser este actor el único capaz de realizar tal esfuerzo integrador. Así Antún sostenía que el peronismo era “la única esperanza, por su carácter integrador, para la concordia nacional y la recuperación de nuestra nación”(CBA: 22/08/82).

La Corriente Renovadora Justicialista (CRJ), nombre de la agrupación dirigida por José Manuel De la Sota, delineaba su propuesta: el peronismo se erguía como única posibilidad de unidad nacional en torno a la Justicia Social, en momentos críticos de desintegración, ofreciendo la última actualización doctrinaria de Perón en un ‘proyecto nacional’.(CBA: 29/08/82)

Al mismo tiempo, la mirada retrospectiva sobre la que se sostiene toda identidad política conllevaba, en el discurso peronista, durante el momento inmediato de la transición, la negación de los sectores radicalizados, tanto de izquierda (‘marxistas’) como de derecha (‘lopezrreguismo’), que son relegados a posiciones marginales en el debate partidario y considerados no – peronistas, mientras se enfatiza en remarcar la ortodoxia doctrinaria, con todas sus caracterizaciones tradicionales. En este mismo nivel, la experiencia de Malvinas no se articula en la cadena equivalencial más que de modo marginal, como un ejemplo de defensa de la soberanía, de la que el justicialismo es su expresión más acabada.

Así en una entrevista, De la Sota realizaba un análisis histórico de la última década,

“este Proceso que termina, a costa del prestigio de las Fuerzas Armadas, no hubiese sido posible sin la labor desestabilizadora previa de la subversión. Y el guerrillerismo es fruto de la oligarquía, que les dio sus mejores hijos para crucificar a la Patria.” (CBA: 12/09/82)

A su vez, un dirigente de la lista celeste sostenía que

“...la forma correcta de combatir el marxismo, como otras tendencias que quieren adueñarse del país, es demostrando fidelidad a una doctrina nacional, que tenemos en la justicialista...” (CBA: 08/07/83)

La dimensión de alteridad, en que se define un antagonismo frente al que entran en una articulación equivalencial las diferencias al interior de la identidad peronista, entra en contacto íntimo con el análisis del pasado reciente, cuya interpretación constituye un ejemplo de cómo los hechos pasados se convierten en significantes flotantes pasibles de ser articulados en la cadena identitaria. La totalidad de los dirigentes veían los hechos del Proceso como la destrucción metódica y sistemática del aparato productivo y de las condiciones económicas que sustentaban un modelo industrial de país, introducidos o manipulados por una “minoría vernácula, oligarca, antinacional”. Ese grupo de “vendepatrias” constituía el reverso que hacía posible la identificación de todos aquellos que sufrían las consecuencias de ese modelo de país en el peronismo. Pero tal

articulación de demandas en la identidad peronista no era una novedad, era la iteración de un antagonismo y una identidad ya solidificadas en el tiempo. De esa forma, era posible que los distintos dirigentes sostengan que representaban “el pueblo del 17 de octubre”, o el propósito de la revolución del 4 de junio, frente a un campo antagónico que continuaba residiendo en la oligarquía. El congresal nacional del PJ, Palacio Deheza, ya en vísperas de la interna, decía “Nosotros sostenemos que somos la auténtica representación del proyecto nacional que inspiró la revolución del cuatro de junio de 1943”

Pero al interior de la cadena identitaria peronista también se excluían, como exterior constitutivo, tanto los extremos violentos que habían ‘traicionado’ al peronismo en los ’70, como los candidatos neoperonistas que querían hacer del Justicialismo “un partido liberal más”. Allí comienza a tallar la dimensión de representación de la identidad del peronismo cordobés, es decir, el modo en que distintas demandas se articulan dentro de tal identidad. En este caso, cómo el significante de ‘la democracia’ se articula al interior de este campo discursivo muestra un menosprecio al sistema institucional de la democracia liberal, dándole en cambio el sentido de la democracia social, más allá de la del aspecto electoral – representativo. Particularmente, el modo en que el peronismo es considerado el único intérprete de la voluntad popular, capaz de llevar a cabo la integración del país, implica un desconocimiento de los mecanismos de representación inscriptos en el discurso liberal – democrático – partidocrático. Este modo de articulación permite analizarlo desde la forma en que el discurso de Perón ubicaba a la democracia de partidos en su configuración discursiva.

De esta forma, en una concentración de la CRJ, De la Sota decía:

“[para ser gobierno] es preciso que estemos unidos detrás de la doctrina y de los hombres que la interpreten cabalmente. (...) La unidad del peronismo es posible y debemos unirnos pero no con cualquiera, no con los que están de acuerdo con la concertación, no con los que pretenden desde el neoperonismo transformar el movimiento en un partido liberal más. (...) Nosotros aspiramos a *renovar los métodos y preservar la pureza doctrinaria...*”(CBA: 21/12/82)

Otra tematización obligada en el debate interno era la de la metodología en la reorganización, que traía aparejada la cuestión de la democratización interna del partido, y la puesta en cuestión del verticalismo. Tal consideración tenía como correlato la necesaria unidad interna, enfatizada en los momentos de crisis que vivía la sociedad. Es importante considerar que en estos debates no se veían términos dicotómicos: el llamar a la renovación no impedía mantener la necesidad de los dirigentes experimentados; o

bregar por la democratización interna no era incompatible con la necesidad de respetar los lineamientos verticalistas, asumidos en la intangibilidad de la figura de Isabel Perón. Esto era así porque lo que subsistía en el período era la tensión entre requerimientos organizativos producto de la muerte de Perón, y la articulación discursiva de la identidad peronista en torno a la doctrina peronista, aquello que se mantenía incólume de la voz del líder luego de su fallecimiento.

La mayoría de las líneas internas sostenía la necesidad de la democratización en la figura de las elecciones internas, como cambio introducido por la ausencia de Perón, ya que en vida sus órdenes eran acatadas por la totalidad del movimiento. En la reorganización partidaria, una de sus frases más famosas “Mi único heredero es el pueblo” fue utilizada como justificación de la elección por parte de los afiliados de los candidatos y autoridades partidarias. Pero, como fue dicho anteriormente, tal afirmación entraba en tensión constitutiva de la identidad peronista con la presidencia de la viuda de Perón, Isabel, del Consejo Nacional Justicialista, quien se declaró prescindente durante el proceso de reorganización.

Tanto la democratización como el acatamiento a la autoridad partidaria (el verticalismo, que era significado de diversas formas desde los distintos sectores del peronismo) eran articulados en el discurso del peronismo desde los dichos de Perón, quien, mediante sus frases, escritos y doctrina, continuaba ocupando el lugar de significante vacío de la cadena peronista. Tal articulación permitía entonces hablar de una verticalidad “de abajo hacia arriba”, o del respeto a la viuda de Perón, tomando en cuenta su prescindencia, pero agregando indefectiblemente la necesidad de expresión de la voluntad de las bases en la definición partidaria. La ambigüedad que pudiese indicar tal uso de los términos, responde en última instancia a las particularidades de la articulación identitaria del peronismo en la etapa.

Así, desde el núcleo Unidad y Lealtad, con respecto al PJ, señalan que

“la importancia de la democracia interna en el peronismo toma su verdadera dimensión en la medida en que entendamos los peronistas la necesidad del tránsito de la conducción personificada en Perón hacia la conducción institucional de la organización...”. (CBA: 21/11/82)

Días antes de la interna partidaria, Antón sostenía que las diferencias existentes entre la línea por él dirigida y las demás

“son solamente distintas formas de concebir la doctrina del general Juan Domingo Perón. Destacó que ‘en vida del líder esto era más sencillo, ya que sólo bastaba con seguir sus

indicaciones. En la actualidad el verdadero protagonista es el afiliado (...) las elecciones internas del justicialismo son sólo una confrontación de valores...”. (CBA: 06/07/83)

La renovación, que ocupaba un lugar destacado de la configuración discursiva de todos los sectores, no indicaba, aunque pudiese parecer a primera vista, una oposición con el sostenimiento de los dirigentes experimentados, ni tampoco un alineamiento unilateral junto con el signifiante de la democratización. Tal renovación se justificaba sólo desde la posibilidad de ocupar cargos dirigenciales por parte de militantes más jóvenes, pero reivindicando en todo momento la experiencia de los más viejos.

En algunos aspectos, es posible encontrar diferencias en las propuestas hechas por algunas líneas internas frente a otras. Asumen importancia el énfasis puesto por la CRJ (Lista 2) en el desarrollo de un programa de gobierno en torno al cual se posibilite la unidad partidaria; y también ciertos enfrentamientos entre militantes del FRJ y Unidad y Lealtad. En el primer caso, la pretensión del desarrollo de un programa apuntaba a quitarle méritos a los personalismos sobre los que se basaba parte del sentido de las propuestas de, por lo menos, la Lista 1 (Bercovich Rodríguez) y la Lista 3 (Antún). Éstos se pueden observar en las publicidades de Unidad y Lealtad, donde se muestra a Bercovich en una fotografía al costado de una foto del General Perón sobre un fondo mostrando una manifestación peronista. En todo caso, la consecución de un programa sólo podía llevarse a cabo en torno a la Doctrina y la ortodoxia peronista, por lo que la diferencia se refería a cuestión metodológica dentro de las propuestas partidarias.

El segundo caso se observa en una solicitada en la que una militante del FRJ responde a agravios hechos por otro que respondía al núcleo Unidad y Lealtad. Allí, se tilda a los dirigentes de este último grupo como “peronistas de rótulo, los que exhiben pergaminos en vez de ideas”, identificándose ella como uno de los nietos de Perón, “aquellos que en lugar del dedo buscaron las enseñanzas del Maestro”. Este ejemplo se condice con aquellos que consideraban que las diferencias entre las líneas internas respondían a diversas interpretaciones de la Doctrina en que se basa el Movimiento Justicialista.

La identidad del PJ frente a las elecciones de octubre de 1983

Una vez superado el período de reorganización partidaria, la configuración discursiva en que se establecieron los marcos de sentido para las propuestas del peronismo cordobés asumieron nuevas dimensiones, que profundizaron los caracteres ya perfilados en la etapa organizativa.

El antagonismo que se ubicaba por fuera del arco de identidad del peronismo era el de los responsables de la crisis, sobre todo en su aspecto productivo, donde se negaba toda responsabilidad del peronismo. Frente a tal exterior constitutivo, la identidad peronista se caracterizaba en torno a las propuestas ortodoxas.

En una serie de publicidades durante septiembre, se delinea la articulación discursiva del peronismo en su intento por aunar en su seno las demandas populares. El 22/09 se presentaba un resumen de la plataforma electoral para la provincia, en que se enumeraban una serie de medidas, todas ellas eran el reaseguro de “la plena vigencia de las tres banderas históricas: soberanía política – independencia económica – justicia social” (LV: 22/09/83). A partir de allí se siguieron publicidades que respetaban una misma pauta en el mensaje. En todas ellas, se presentaban indicadores de situaciones críticas en la provincia (casas abandonadas, campos desolados, fábricas cerradas, estudiantes universitarios sin poder estudiar) en las que los peronistas “no eran responsables de tal situación”, pero que se comprometían a cambiar, apelando a los logros del peronismo histórico (LV: 25/09; 02/10; 06/10; 09/10/83). Esa reivindicación de un pasado mítico peronista (caracterizado como el pasado glorioso en el que Perón permitió “la Córdoba de la moto Puma, del Graciela, del Institec, del Tractor Pampa, del Rastrojero, de las chimeneas humeantes, del campo tecnificado y precios sostenes”(LV: 16/10/83)) se contraponía al presente desolado, al mismo tiempo que marcaba un antagonismo, la oligarquía vernácula y antinacional, que perduraba y recorría transversalmente la historia de los movimientos populares.

También la publicidad del candidato a intendente, De la Sota, mostraba el peso del pasado en la conformación de una propuesta que identificara al peronismo: debajo de la foto en primer plano del dirigente, rezaba la consigna “el IAME...Ezeiza...los Grandes Hornos de Zapla...UN TIEMPO PERONISTA...La imaginación al gobierno”. (LV: 19/10/83)

De esta forma, las tres dimensiones a través de las cuales es posible analizar toda identidad política cristalizan el marco de sentido dentro del que se configura la identidad peronista. Ésta se articula a partir de las tensiones a las que se vio confrontada en su pasado reciente (la fragmentación del peronismo luego del retorno de Perón y su muerte; y la destrucción del aparato productivo y la debilitación del sector obrero, junto con la sucesión de políticas represivas durante el Proceso), asumiendo en la etapa inmediatamente posterior al Proceso militar una representación cerrada del peronismo en torno a la Doctrina, al ‘verdadero’ o ‘genuino’ contenido del mensaje peronista,

frente a ‘desviaciones’ o ‘traiciones’ que se mantienen por fuera del campo discursivo peronista. Sólo así se volvía posible, desde el discurso peronista en la transición temprana, mantener el vínculo de *identificación con la voluntad popular*, que ya venía constituida por 40 años de peronismo solidificado en las bases peronistas⁹, sustituyendo a la voz del líder como significante vacío por su mensaje doctrinario.

Tal representación de la identidad peronista tenía como correlato, en la dimensión de la tradición, una mirada retrospectiva que se centraba en ese pasado mítico de la Córdoba industrial, del pueblo del 17 de octubre, de la integración latinoamericana, que se actualizaba en ese momento. En suma, la vuelta al núcleo ortodoxo y doctrinario para sobrellevar la ausencia de Perón y las tensiones disolutivas de los ’70, obliga a una mirada al pasado formando parte de él, implicando a lo sumo una continuidad.

Y es en la interpretación de ese pasado que radica el antagonismo, el exterior constitutivo que permite a todas las demandas insatisfechas equivalerse en un campo discursivo homogéneo. La oligarquía, los ‘vendepatria’ eran los responsables de la inestabilidad institucional y también de la metódica destrucción del aparato productivo que había minado las condiciones de posibilidad de un movimiento obrero poderoso en que radicaba la base legitimante del ‘pueblo peronista’. En tal campo discursivo, la demanda por el enjuiciamiento de la represión militar no se articula establemente y sólo ocupa ubicaciones marginales en el discurso peronista, lo que es permitido, además, por la ausencia de aquellos peronistas ‘heterodoxos’, ya sea por la represión o el exilio.

Algunas conclusiones provisionarias

A partir de lo expuesto, se intentó delinear cuáles fueron los derroteros por los que la identidad peronista circuló en el primer año, aproximadamente, de la vuelta a la actividad de los partidos en la Argentina. Fue imprescindible para ello plantear algunas categorías analíticas que desde la teoría política posestructuralista contribuyen a estudiar las dinámicas específicamente políticas que informan a los procesos de constitución de sujetos sociales, de forma contingente y precaria, evitando rápidos vínculos entre las caracterizaciones, por ejemplo, de los partidos políticos y los sectores sociales que dice representar.

⁹ De allí también la frecuente alusión a que la unidad del peronismo se aseguraba desde la unidad de las bases. No existía un problema de identificación, la articulación hegemónica de las demandas populares se garantizaba por el legado del líder y la significación histórica del movimiento peronista.

También fue necesario observar el peronismo desde los '70, trayendo aquí especialmente el análisis que hace Laclau sobre el vaciamiento del significante “Perón” y las consecuencias en la identidad peronista, y así en todo el sistema político, de su implosión exacerbada por la muerte del líder del movimiento. Completando, Barros nos muestra las profundas huellas que las políticas represivas y económicas del Proceso militar dejaron en el peronismo. Estos dos procesos son considerados de inestimable valor para comprender cabalmente la existencia de un peronismo pos – dictadura articulado en torno a la doctrina, la ortodoxia y la lealtad al líder. En vistas al riesgo de la disolución de la identidad peronista como tal, con sectores de la militancia peronista diezmados por la represión, y la muerte de Perón, el peronismo rearticula su identidad recuperando su ‘genuina expresión’.

Este movimiento de “retramiento” permite comprender un hecho que motiva en parte todo este intento analítico: la coexistencia de una organización e institución atomizada, y una homogeneización de sentido en torno a “lo que debe ser un peronista” que caracteriza la reorganización del peronismo en la transición temprana. Si bien existe un consenso discursivo, la existencia de múltiples núcleos directivos apunta a las dificultades por organizar un espacio que se caracterizó desde sus orígenes por la inorganicidad debido a la existencia de un principio legitimante que se encontraba en las palabras de Perón. Ausente éste, se le reemplaza por la objetivación de sus dichos, la Doctrina. Así, las diferencias entre los sectores internos, y las formas de su resolución van a adquirir sentido desde las diversas formas de interpretación de la doctrina, pero nunca desde su cuestionamiento.

En última instancia, recuperar esta explicación apunta a un interrogante mayor, en cuya tentativa de respuesta deben coincidir numerosas dimensiones analíticas, en torno a la derrota electoral del peronismo en las elecciones generales del 30 de octubre de 1983¹⁰. Dejando claro que el ‘efecto arrastre’ puede incidir en la victoria radical desde los buenos resultados obtenidos en compulsa nacional por R. Alfonsín, la mirada analítica debe dirigirse al fallido intento, por parte del peronismo, de hegemonizar las demandas

¹⁰ Es necesario matizar que una victoria electoral no es un indicador unívoco de la consecución de un proceso de hegemonía, o viceversa. Tal observación metodológica se sustenta en la necesaria consideración de que la ‘hegemonización’ del espacio político hace más bien a la capacidad de articular un discurso que sirva de espacio de inscripción de las demandas existentes dándoles un sentido propio. Los resultados electorales si bien se ven influidos por ese proceso, pueden ser explicados a su vez por otros factores que van más allá de este análisis, tales como la capacidad de movilización de la organización partidaria, o sindical. Tal es el caso del peronismo.

que existían en la sociedad, y erigirse en el discurso que otorgase sentido a las distintas prácticas políticas.

En consonancia con lo dicho aquí, es posible sostener que fue el proceso de retrainamiento ocurrido en el peronismo (en el ámbito nacional y provincial), en pos de una articulación que privilegie la doctrina y los dichos del General Perón, al mismo tiempo que una resignificación del peronismo ortodoxo, exento de desviaciones ni traiciones, lo que motivó la rearticulación de la identidad peronista con una insustituible vuelta al pasado, actualizando así la dimensión de alteridad y de representación desde la particular perspectiva del peronismo pletórico de los años '40 y '50. En esa mirada retrospectiva, su misma representación pasó a formar parte de ese pasado en que adquiriría sentido su articulación identitaria sin 'despegarse' por lo tanto de la violencia e inestabilidad de las décadas precedentes, siendo pasible de ser articulado por el discurso alfonsinista¹¹ en ese antagonismo de violencia y represión del que el proceso electoral de 1983 era el definitivo despegue.

De esta forma, todo discurso se articula desde campos parcialmente sedimentados y en conflicto con otros relatos que buscan suturar lo social, darle sentido. El peronismo constituyó su identidad actualizando características del pasado, mientras el radicalismo logró articular las demandas de la sociedad, instituyendo un quiebre entre una historia violenta y un futuro de estabilidad en democracia, ubicando al peronismo en la primera parte de esa ruptura.

¹¹ No es posible aquí analizar en detalle la construcción hegemónica que logró el discurso radical en 1983, pero fue objeto de análisis por muchos autores, entre ellos, Aboy Carlés y Barros. Baste decir que logró articular en torno a la "democracia" una serie de demandas frente a un pasado oscuro de represión y violencia, del que formaba parte el peronismo.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Ed. Politeia, Buenos Aires, 2001
- BARROS, Sebastián, *Orden, Democracia y Estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*”, Alción Editora, Córdoba, 2002
- BARROS, Sebastián, *Literalidad y sobredeterminación en el análisis político de identidades. El peronismo en la Patagonia*, s/d
- LACLAU, Ernesto, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004
- LACLAU, Ernesto, *La Razón Populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005
- SERVETTO, Alicia, “Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne”, CEA, UNC
- TCATCH y MACOR, *La invención del peronismo en el interior del país*, Ediciones UNL, Santa Fe, 2003